



**SIRIA**  
2011  
La pequeña Nujeen, en una celebración familiar antes de la guerra.

**HUIDA POR SIRIA**  
2014  
Hablando con un reportero de la BBC en su huida de Siria. "Le dije que quería ser astronauta", recuerda la joven.

**GRECIA**  
2/9/2015  
Dos hombres ayudan a Nujeen en su llegada a la playa de Lesbos desde Turquía en una barca inflable.

# EL ÉXODO DE NUJEEEN: 5.782 KILOMETROS EN SILLA DE RUEDAS

Cómo una niña minusválida escapó de Aleppo con su hermana y sobrevivió a una odisea por 9 países hasta sentarse por primera vez ante un pupitre en Colonia. Antes de Alemania, atravesó bosques de lodo, la marcaron "como a los nazis" en un campo de refugiados... Ahora lo cuenta en un libro

**POR ELENA PITA**

Nunca había visto el mar. Tampoco había visto pasar un tren, ni se había alojado en un hotel ni había probado las hamburguesas; ni siquiera había ocupado un pupitre en colegio alguno, pero era mucho más sabia que cualquier niño a los 13 años. Todo lo había aprendido en los escasos libros que llegaban a su ca-

sa y, especialmente, en el canal de National Geographic. También dominaba el inglés de telenovela. Hasta ese día Nujeen Mustafa apenas había salido de su casa, un apartamento en un quinto piso sin ascensor en el barrio kurdo de Aleppo (Siria). Tampoco sabía Nujeen el nombre de su enfermedad (tetra-espasticidad), una suerte de parálisis cerebral espasmódica: su tiempo transcurría entre la silla de ruedas frente al televisor y la cama en la misma estancia, la salita de estar que compartía con uno de sus ocho hermanos mayores.

Aquel día había dejado su casa, para siempre, sin sospecharlo; su calle cubierta de polvo y cascos, esa estela gris cenicienta que dejan tras de sí los bombardeos. Sin siquiera sospecharlo, ese 27 de julio de 2012 estaba emprendiendo el primer viaje de su vida: 5.782 kilómetros en silla de ruedas hasta alcanzar la paz en un suburbio industrial al sur de Colonia, Alemania.

Lo cuenta ahora en *Nujeen* (HarperCollins), un libro coescrito por la laureada periodista británica Christina Lamb (coautora también de *Yo soy Malala*).

Además de minusválida, Nujeen es kurda, lo que quiere decir que pertenece al mayor pueblo errante de la Tierra. Nació en la aldea de Manbij (1 de enero de 1999), cercana a la frontera con Turquía, que sus padres abandonaron debido al estado de salud de la pequeña, que además de parálisis nació asmática y requería hospitalización continua; aunque llegaría un día en el que, acostumbrada a su suerte, Nujeen dejaría incluso de acudir a la consulta para vivir encerrada en las paredes de aquel pisito en Aleppo.

Describe con un realismo atroz por qué los niños la rehuían y su vida transcurría entre la tele, Google (su bendición) y el mundo de los adultos. «Cuando jugábamos siempre me sentía como el eslabón más débil, y a menudo los niños huían de mí y se reían cuando intentaba arrastrarme tras ellos a mi extraña manera, como un conejo. La verdad es que parecía un conejo con estos dientes, y hasta me arrastraba dando saltitos como un conejo». Pero Nujeen guardaba para sí el secreto que tanto le serviría en su largo éxodo a la paz: es coleccionista de datos e información, y ha sido capaz de crearse una realidad propia, un universo feliz que la salva, de todo menos de las bombas y la amenazante presencia de Daesh en esta primera etapa de su viaje: de vuelta al pueblo kurdo y fronterizo, en manos del autoproclamado califato.

Un año después, agosto 2014, el terror del Daesh obliga a los hermanos a dejar Siria y abandonar allí a sus ancianos padres. Pagando a contrabandistas, entran en Turquía y se instalan en un apartamento de la ciudad sureña de Gaziantep, donde acaban viviendo 36 familiares. Pero Turquía no quiere a los refugiados, menos aún si son kurdos: ni

trabajo ni estudios, nada había allí para ellos, así que emprenden el viaje a Europa. El pionero es el hermano Bland, y toda vez que éste alcanza Alemania, le siguen Nujeen y su hermana Nasrine, soltera y estudiante hasta entonces de Física. Cruzan el país en avión hasta Esmirna, en la costa oeste, para desde allí recorrer en autobús los 250 km que conducen a Assos, donde negociarían la travesía del Egeo.

Se les une un buen número de parientes, y juntos intentan conseguir un barco de madera: «Por mi silla de ruedas, que según decía todo el mundo pesaba demasiado para llevarla en una barca inflable (en fin, que siempre soy yo el estorbo)». Dos veces pagan y los estafan, y finalmente, el 2 de septiembre, tras pagar 1.400 euros por persona y chaleco, 38 personas abordan una lancha inflable con capacidad para 15 y un motor de 20 caballos conducido por uno de los tíos de la familia que tampoco conocía el mar. Los traficantes fletaron cuatro balsas: la primera sucumbe al oleaje nada más zarpar; la suya, más cara, fue la segunda en partir, con aquella silla de ruedas a bordo. La tercera volcaría pocos antes de alcanzar la costa griega, y la cuarta fue detenida por la costera turca. Cuenta Nujeen que «ese mismo día, unos kilómetros más abajo, se ahogan 11 niños; entre otros, el pequeño Aylan Kurdi, que aparece tendido boca abajo en una playa turca, con su camiseta roja y sus bermudas azules. Su imagen dio la vuelta al mundo».

En la isla griega de Lesbos las reciben Europa y los voluntarios: «¡Eres la primera refugiada que vemos en silla de ruedas!», le hacen saber. Les dan ropa seca y los dirigen a un campo de refugiados para enfermos o dependientes,



LOJANE (MACEDONIA)

POSTOJNA (ESLOVENIA)

COLONIA 5.782 KILÓMETROS

FRONTERA SERBIO-HÚNGARA

FRONTERA AUSTRIOALEMANA

**SERBIA**

15 / 9 / 2015

Nujeen avanza empujada por su hermana Nasrine. Llegaron justo cuando Hungría había vallado la entrada al país. Tuvieron que buscarse otra ruta.

**ALEMANIA**

21 / 9 / 2015

Por fin en Alemania, esperando durante cinco horas a un autobús que las llevará a un polideportivo. Ese día su hermana cumple 26 años.

atendido por una ONG y denominado Pipka o «la Jungla», un nombre que a Nujeen le pareció muy gráfico por las malas condiciones del lugar, pero que luego descubrirá que es el genérico de todos estos campos. Logran un visado de paso del Gobierno griego y al cabo de una semana cruzan en ferri a Atenas, donde se alojan en un cochambroso hostel, en el que al menos pueden ducharse, después de 11 días de camino, aunque tengan que volver a ponerse la misma y sucia ropa. En Atenas se quedan definitivamente solas, los parientes se desperdigan.

Intentan conseguir pasaportes falsos para tomar un avión a Alemania, pero eran inasequibles. Así pues deciden ir por tierra, a sabiendas de lo duro que será arrastrar una silla de ruedas a lo largo de miles de kilómetros. La tarde del 14 de septiembre, Nujeen y Nasrine cogerán el primer tren de su vida rumbo a Tesalónica. Cruzan la frontera con Macedonia, a pie, por un camino pedregoso que de continuo atascaba la silla. Una y otra vez, voluntarios, refugiados e incluso muchachos locales han de socorrerlas, levantando la silla en volandas, salvando riscos, torrentes, pedregales, lodos de las lluvias... La sonrisa se le hiela a la niña Nujeen: «Porque con el zarrandeo me golpeo contra el respaldo y me duele, y porque odio que carguen conmigo: hace que me sienta muy desvalida».

Pero lo peor estaba por llegar: Hungría acaba de blindar sus fronteras con una valla gigantesca coronada de concertinas y se dispone a cerrar el último tramo en unas horas. Comienza una carrera contrarreloj: «Nos sumamos a lo que parecía una cañada para seres huma-

nos que conducía a la frontera. Nasrine luchaba a brazo partido para empujar la silla de ruedas por el barro de las últimas lluvias. Y no, al parecer no nos dimos suficiente prisa: cuando llegamos, toda una muchedumbre se apiñaba contra la valla, los antidisturbios al otro lado. Entonces me llevaron hasta la reja y me pusieron enfrente de la policía. Detrás de mí la gente gritaba: «¡Alemania, Alemania!». Yo odiaba que intentaran utilizar mi silla de ruedas para que los soldados húngaros se apiadaran de mí. Y que los policías llevaran mascarillas blancas como si fuéramos a contagiarles alguna enfermedad».

Nasrine arrastró mi silla por campos de girasoles marchitos y cogimos un taxi para desandar el camino de la noche anterior y dirigirnos luego hacia el oeste, rumbo a Croacia. (...) Cuando por fin cruzamos la frontera croata (16 de septiembre) la policía nos hizo subir a uno de esos furgones cerrados que usan para trasladar a los presos. (...) El viaje duró unas cinco horas, a oscuras, y acabó en Zagreb, la capital. Nos llevaron a un edificio que tenía pinta de haber sido un hospital, nos dieron a cada uno una hoja de papel con un número y nos hicieron una foto sujetando el papel como si fuéramos delincuentes. (...) Lo bueno fue

que había duchas, así que pudimos lavarnos y cambiarnos. Nasrine lavó la ropa que llevábamos puesta desde que salimos de Grecia y la puso a secar».

Reemprenden el camino, cruzan a Eslovenia y allí vuelven a detenerlas cuando, noche ya, muertas de miedo, atraviesan un bosque: alguien había llamado a la policía, que las detiene y vuelve a encerrarlas, furgón policial, comisaría de Perisce, les toman las huellas y las lle-

y, después de dos noches, los eslovenos nos dejaron marchar y nos llevaron en autobús hasta un campamento al aire libre en un sitio llamado Logatec». Autobús, tren, otro taxi y entran en Austria por el puesto de Spielfeld en la madrugada del 20 de septiembre. Toman un tren a Graz y allí les dirigen de nuevo al campo de refugiados donde organizan la distribución a distintos países de Europa central y occidental.

«Nos dieron a todos una pulsera verde que me recordó a las insignias amarillas que los nazis obligaban a llevar a los judíos, pero los voluntarios nos explicaron que necesitábamos las pulseras para el reparto de comida. Llevaban unos números y, cuando nos llamaran por el nuestro, tendríamos que subir a un autobús que nos llevaría a la frontera austro-alemana. (...) Dentro del edificio había filas y filas de camas plegables metálicas de color verde, casi todas estaban ocupadas. Debía de haber mil personas allí dentro, que, al igual que nosotras, hacía días o semanas que no se lavaban. Olía muy mal. Había además mucha luz, porque el local estaba iluminado por grandes fluorescentes».

Les llega el turno y las montan en un tren a Salzburgo; de allí, en un autobús a un cuartel militar cerca

de un puente sobre el río Saalach. Y por último, a una señal de la policía, empezaron a «cruzar el puente a pie, en grupitos de 20 personas». «Y fue así como entramos en Alemania, el mismo día que mi hermana Nasrine cumplía 26 años. Habíamos tardado justo un mes en llegar desde Gaziantep y yo tenía la parte de abajo de los brazos llena de moratones, de los golpes que me había dado contra la silla. Pero lo habíamos conseguido. Desde nuestra marcha de Alepo habíamos recorrido más de 5.600 kilómetros a través de nueve países», el tránsito de la guerra a la paz, que les había costado algo más de 5.000 euros. Pero la acogida de refugiados tiene un orden, y las hermanas pasarían aún unas semanas en un centro, un polideportivo en Essen. Seguían sintiéndose prisioneras.

A principios de noviembre, el Estado alemán las aloja en un piso que a Nujeen le parece una casa de Disney; les proporcionan la casa, los suministros y 325 euros por adulto más 80 por menor. Allí por fin se reúnen con su hermano Bland y reciben el apoyo del mayor, Shiar, emigrado en 1990 para evitar la Guerra del Golfo y el más célebre cineasta kurdo. Pese a sufrir el rechazo de gran parte de la población europea, incluidas sus vecinas de arriba, lo que más le gusta a Nujeen de Alemania es sentirse a salvo.

Termina noviembre, las calles se iluminan con los mercados de Navidad, Nujeen va a cumplir 16 años y, por primera vez en su vida, ocupa un pupitre en un colegio. Su viaje continúa.



**UNA VIDA 'DISNEY'.** Nujeen (a la derecha), hoy de 17 años, jugando al baloncesto con su nueva silla de ruedas en Colonia (Alemania), el pasado junio. Ahora tiene casa y va a la escuela. FOTOS: HARPERCOLLINS

van a un centro de internamiento. «Aquel fue el peor día del viaje. Lo habíamos perdido todo (nuestro país, nuestro hogar, nuestra familia), y estábamos encerradas en una especie de prisión. En realidad va contra la ley encerrar a los refugiados, pero ¿qué podíamos hacer? Unos iraquíes habían conseguido que les liberaran poniéndose en huelga de hambre y decidimos hacer lo mismo. La amenaza funcionó



«Nujeen» (HarperCollins Ibérica), de Nujeen Mustafa y Christina Lamb, sale a la venta este martes